



MAUCCI H.^{os} MÉXICO

BIBLIOTECA DEL NIÑO MEXICANO

Ter.^a Serie-Después de la Conquista-El virreinato

Fray Bartolomé de las Casas

ó

LA PROTECCIÓN DE LOS INDIOS

POR

HERIBERTO FRIAS



MÉXICO

Maucci Hermanos.—Primera del Relox, 1

1900



Fray Bartolomé de las Casas

¡En qué triste situación se llegaron á encontrar después de la conquista del Anahuac los infelices descendientes de los indios!

Antiguamente, y aun hoy la esclavitud del hombre por el hombre ha sido y es odiosa...

¡Los indios después de la toma de México, caen como esclavos en manos de comerciantes de carne humana viva!

Los conquistadores repartieron tierras y con aquellas tierras, pobres indios encomendados á

ciertos personajes ambiciosos que llegaban de España.

Allá, desde los buenos Reyes Católicos, que fueron verdaderos bienhechores de los oprimidos, había leyes para reprimir los abusos de los aventureros que explotaban con los vencidos...

¡Ah, pero nunca... nunca fueron escuchadas las quejas de las víctimas'...

¡Apenas algunos cuantos frailes franciscanos de gran espíritu y de amor engendrado en las divinas palabras del Evangelio, alzar su voz protestando contra las crueldades de los inicuos verdugos españoles, contra la terrible tiranía de esos amos!

México, cuando se convirtió en ciudad de las Colonias de la Nueva España estuvo gobernada por «oidores» que á viva fuerza y con espadas, puñales, horcas, hogueras y miles de suplicios extraños convirtieron en un infierno de horror aquello que debía ser Gobierno...

Hasta que llegó por fin para alivio y consuelo de los oprimidos un buen gobernante: el Virrey D. Antonio de Mendoza (primer virrey de México), un hombre ilustrado y lleno de amor para los que sufrían en aquella infortunada época de nuestra patria.

¡Los indios sufrían!

¡Qué atroces explotaciones, cuantas miserias!

Ya se había extinguido la raza de los últimos valientes que lucharon por la independencia de su patria y de su libertad, como individuos.

No quedaban sino los más tristes restos de las clases viejas que soñaban vagamente en lejanas auroras de felicidad...

Sin embargo, amiguitos míos, hay que recordar á un ilustre defensor de aquellos pobres esclavos que morían de hambre y fatiga por enriquecer á sus señores...

Ya en otra ocasión habéis contemplado su figura venerable, la que aparece en una de las islas cercanas á Cuba, defendiendo la buena causa. (1)

¿Quién era?...

El ilustre anciano, el amoroso defensor de todos los que sufrían injustamente, el que tanto luchó por el bienestar del indio mexicano se llamó...

«Fray Bartolomé de las Casas!»

*
* * *

(1) Véase para mayor recreo y fácil entendimiento el episodio respectivo en la segunda Serie de esta «Biblioteca».

Escuchad, amiguitos, este lúgubre relato que es una leyenda que se había perdido allá entre las montañas del Sur de nuestra patria... oídla con atención porque cuenta ese episodio toda la bravura de un corazón verdaderamente dispuesto á la lucha por una conquista que no era como la de los otros aventureros españoles, la del «oro»... sino la conquista de los corazones idólatras para llevarlos en sublime adoración ante el Altar de la buena y patética Madre de todos los infortunados de la vida, de todas las víctimas del orgullo, del egoismo y de la crueldad humana... ante el altar humilde de una luz que es todo consuelo y esperanza: MARÍA...



He aquí la maravillosa narración: En la época del primer Virrey de la «Nueva España» (como se nombraba entonces á nuestra patria, según de-

ben saber mis lectores), (1) los «encomenderos» estaban contentísimos porque esperaban ganar mucho dinero, empleando más indios en las minas donde los infelices esclavos se utilizaban como si fueran bestias...

¿Cómo si fueran bestias?...

¡Ah, mil veces peor... mil veces peor!... Porque siquiera á los animales se les alimentaba y se les dejaba descansar convenientemente...

¡Ay á los pobres indios se les obligaba á trabajar desde antes de amanecer, cargando rocas y montones de piedras, vigas enormes, tercios de pesadas sustancias, bajo el eterno azote de los capataces feroces que solían regresar á las ciudades salpicados con la sangre de sus indios!...

¡No había piedad, ni siquiera un mal pedazo de carne ó de queso era dado al indio, pero eso sí los perros de los «encomenderos» se hartaban de carne delante de las tímidas y hambrientas miradas del pobrecito indio, bañado en sudor, cargando arrobas de plata!...

¡Cuantas veces se arrojaba un miserable indígena anciano sobre un perro que roía un hueso para arrebatárselo!..

(1) Léanse los primeros cuentos de esta tercera Serie donde entre amorosas relaciones se explica el asunto...

¡Y entonces sucedía una tragedia horrible!

El perro, fuerte, bravo, educado para cuidar y morder á los indios, para ser su verdugo, se echaba como un tigre sobre el hambriento y debilita-



do trabajador, éste, ansioso de poder devorar más filtrapas de hueso con pellejos, se defendía y en el colmo de su desesperación hundía el hacha de trabajo en el cráneo del feroz perro, pervertido por amos infames, mucho más feroces que él... ¡En-

tonces el indio moría castigado á latigazos por aquel crimen de su hambre!

¡Oh, infeliz raza... que lenta y horrible empe-
raba su larga agonía!... ¡Que fatalidad de desdi-
chas, esclavitudes, hambres, pestes y miserias, se
desataba sobre ella!... ¡Pobreza raza!

Volviendo al principio de nuestra relación dire-
mos que los «encomenderos» que esperaban ganar
más con sus indios, era porque creían que el vi-
rrey D. Antonio de Mendoza, que acababa de lle-
gar á la Nueva España en 1535, hace unos cua-
trocientos años no aparecía ocuparse de leyes para
impedir que se tratara á los indios como bes-
tias...

Y en efecto, el nuevo virrey, ansioso de gober-
nar bien y de engrandecer aquel reino que hacía
apenas quince años había conquistado Hernán
Cortés, se ocupaba de grandiosos proyectos y de
engrandecimientos, sin pensar en la esclavitud de
los indios... Mas, una noche, cuando iba á entre-
garse al sueño, le anuncian la llegada de un mis-
terioso personaje, que con imperio exige ser reci-
bido por el virrey por que viene en nombre de
una gran entidad, y para asuntos gravísimos.

—¡Que pasa... Mi palacio estará siempre
abierto para los que vengan en nombre de gran-
des intereses de nuestro reino!...

En el salón se presentó un venerable anciano, un fraile de aspecto imponente y severo, quien, salta la frente en que resplandecían el genio y las huellas del martirio, se acerca solamente al Virrey diciendo:

—¡Señor; ante el augusto representante de nuestro amado Rey, vengo á pedir, no gracia... si no justicia!

—¡Se hará... pero sabéis que esta no es hora de...

—¡Para pedir justicia cualquier hora es buena, mas cuando soy representante de diez millones de súbditos de Su Magestad, el Rey de España y de las Indias!...

—¿Qué decis?—exclamó asombrado el virrey.

—Ya lo ha oído vuestra Excelencia... ¡Ah, señor, pido justicia... El indio sufre; es tratado villanamente; sirve, suda, se cansa, se agota llenando de plata los cofres de sus amos que defraudan el dinero de la Nación, los caudales del Reino... el indio trabaja y es azotado y ni siquiera se le alimenta; cuando murmura se le atormenta á fuego y sangre... se le arranca de su hogar, de su familia de su terruño amado; de la tierra de su padre, de la tierra de su heroico abuelo... y esa tierra pasa á ser propiedad de su amo extranjero que no sabe que hacer de ella; pero por lo pronto

arroja á los que la cultivan, dispersándolos á los desiertos donde las bestias devoran á los ancianos



y á los niños... los hombres, las jóvenes, los adolescentes, los viejos aun sanos van á las minas, á cargar rocas, azotados ennegrecidos por el sol, por el hambre, por la sangre que se seca en sus miembros y que no tiene tiempo el pobre de lavar, ni agua tampoco, que muchas veces la quisieran para apagar su sed.. y su hambre.. el agua suele engañar al hombre, dicen ellos, señor!—y

ese indio, arrancado de su heredad, sin patria, sin familia, agoniza, agoniza... tiene que ir en las noches después de todo un día de trabajo en el abismo de las minas, á buscar una cruda mazorca, una raíz cualquiera para comer y poder á la madrugada resistir el latigazo primero con que lo despiertan los «capataces» del señor «encomendero»... antes del alba!...

—¡Callad, callad, por Dios... no sigáis con esas horribles calumnias!

—¡Señor, juro en el nombre del Crucificado que expiró por todos los miserables y oprimidos, por todos los esclavos, por todos los que sufren y tienen hambre y sed de pan y de justicia, que es el pan del alma que lo que os digo es cierto!... ¡Yo lo he visto, señor!... ¡Justicia, justicia en nombre del Cielo!

Fray Bartolomé de las Casas, al pronunciar estas palabras, cayó derribado al suelo, sin fuerzas, abatido por los sollozos, anegado en llanto... en purísimo llanto de piedad y de misericordia, recordando con estremecimientos de dolor aquellos horrendos cuadros que había contemplado... viendo el martirio de los indios... de aquellos pobres indios azotados hasta hacerles sangre, cargados como bestias, sin que se les dieran alimentos, empleados en sacar de los abismos tenebrosos de

la tierra los tesoros del rico... la plata y el oro con que se iban á fabricar las copas en que bebían su vino de sangre y lágrimas los tiranos... mientras los infelices esclavos del «encomendero», morían de sed, de fatiga, de falta de sangre... ¡Toda esa sangre se iba en las partículas del oro y la plata!...

Todas las desgarradoras escenas, todas las crueldades recordaban el buen Fray Bartolomé, sollozando sin poder contenerse delante del Virrey conmovido profundamente... ¡Y no dudaba! El arrebató de amargura, los sollozos, las lágrimas y las frases del anciano, y además su juramento solemne de decir la verdad y de haber presenciado aquellos horrores, convencieron al recto espíritu de D. Antonio de Mendoza, quien exclamó:

—¡Levantaos, alma caritativa y heroica... Yo no he venido á toierar infamias, ni á proteger viles comercios, dignos de judíos... ¡Vive Dios que no es de buenos hidalgos y de cristianos ese mercantilismo! ¡Contad conmigo, venerable padre!... ¡Id á dormir tranquilo... desde hoy mismo abandono cualquiera otra obra hasta no principiar por hacer justicia á los indios!...

Horas más tarde, cuando dormía el bueno del

Virrey, que de todo corazón se había propuesto defender la pobre raza esclavizada, tuvo un sueño maravilloso...

Se encontraba á la entrada de un bosque negro; pero de donde surgían grandes llamaradas,



circundaba al bosque un arroyo de sangre... Y sin embargo hacía un frío espantoso... Sobre las llamas, entre nubes y rayos, miró venir un águila y

sobre ella, montado como sobre un corcel, un hermoso mancebo azteca, con manto imperial; pero sin armas... y con los pies retorcidos y manando ennegrecida sangre, como si se los hubiesen quemado...

Al lado de D. Antonio de Mendoza se acercó un anciano, Fray Bartolomé, que le dijo quedo:

—Salúdale... es «Cuanhtemotzin»... El mancebo bajó del águila y tendiendo la mano, también ensangrentada y calcinada—exclamó estrechando la de Mendoza:

—¡Gracias, gracias, gracias!

Luego se arrodilló Cuanhtemoc y besó el hábito del anciano protector de los indios, murmurando:

—Señor, que mis nietos y todos los descendientes de mi raza, os bendigan por todos los siglos hasta el último día en que tengan la desgracia de vivir...

Cuentan que esa misma noche, á la misma hora tuvo idéntico sueño el inmortal Fray Bartolomé de las Casas.

El Virrey cumplió su promesa, y con todo entusiasmo y energía persiguió á los crueles «encomenderos» y á todos los explotadores de los indios, no obstante la tempestad de odios de infames tratantes, haciendo en unión del anciano

«Las Casas», innumerables beneficios á los descendientes de una raza que se extinguía batida por todos los azotes y calamidades...

¡Honremos la memoria del campeón de la justicia y de la piedad; eterno sea el recuerdo de Fray Bartolomé de las Casas que libró eterna batalla en México y España, contra todas las intamias y las tiranías por el consuelo y la tranquilidad del indio.

FEN

Fray Bartolomé de las Casas
 La Púrpura de la Traición
 El Fin de un Héroe
 El Incendio de un Alma
 El Palacio de Coyoacan
 El Rayo de Satanás
 El Fantasma Carnicero
 La Ciudad Subterránea
 Las dos Princesas Sublimes
 El Tazón de Oro lleno de Sangre
 El Principio del Siglo en México
 El Grito de Libertad
 El Rayo de la Guerra
 El Héroe del Sur y el abrazo de Acatempam
 La Libertad de Mexico
 Miguel Hidalgo y Costilla
 El Héroe de Cuautla José María Morelos
 Once Años de Guerra
 La Victoria de Tampico
 Los Héroes de la Guerra
 Glorias del Pueblo ó el Hombre Cureña
 El Año fatal ó los desastres de la Patria
 La Invasión Norteamericana
 La Guerra de Texas y la Heróica Veracruz
 El Triunfo del Coloso y los Tratados de Paz